

na; pero con gran sorpresa suya, éste no quiso admitirla.

Quando yo trabajaba en los caminos públicos (y escusados) jamas derramé la sangre de nadie; ahora que trabajo en una cárcel, haré lo que pueda para enjugar ó impedir las lágrimas que derramen los que esten bajo de mis llaves, sin necesidad de tomar dinero para ello. Guardad el vuestro; vuestra hermana no carecerá de nada de cuanto dependa de mi mano; yo cuidaré que le sirvan la comida caliente, y veré si puedo empeñarla á dormir una buena siesta, pues no cierra el ojo en toda la noche. Yo tengo ya una experiencia en esto: la primera noche es la peor de todas. Yo no he conocido jamas á nadie que haya dormido la noche antes de ser juzgado; pero la noche despues, y aun la que precede al dia de la egecucion, se puede dormir un buen sueño. Esto es muy sencillo; el peor de todos los males es la incertidumbre.

CAPITULO V.

Despues de haber empleado en la oracion mucho mas tiempo que el acostumbrado, David Deans se dirigió el dia siguiente, á la entrevista de las dos hermanas, á la sala en donde estaba preparado el almuerzo, con los ojos bajos, no atreviéndose á mirar á Jeanie, porque no sabia aun si su conciencia le permitia comparecer ante el tribunal de justicia para prestar en él su juramento, y si tendria alguna declaracion que hacer en favor de su hermana. En fin, miró sus vestidos para ver si éstos le anunciaban la intencion de ir á la ciudad. Jeanie no tenia el traje que usaba para sus trabajos domésticos, pero tampoco llevaba el que se ponía los domingos para ir á la iglesia. Su discrecion le hizo conocer que si hubiera sido poco respetuoso el comparecer ante un tribunal con un exterior ordinario, no seria menos contrario á su propio decoro el ponerse grandes adornos en una ocasion en que se trataba nada menos que de la vida de su hermana; de

modo que su padre no encontró nada en su vestido que le hiciese juzgar de sus intenciones con bastante certeza.

Los preparativos para el almuerzo fueron hechos aquel día en pura pérdida. El padre y la hija se pusieron á la mesa; cada uno de los dos hacia como que comía, cuando los ojos del uno se dirigian sobre el otro, pero la mano que se dirigia ácia la boca volvía á caer sobre la mesa cuando el esfuerzo que la movía, ocasionado por el cariño, dejaba de ser necesario.

Este estado de violencia no fue de larga duracion, pues el relox de san Gil les hizo oír bien pronto la hora que precedía á la indicada para la reunion del tribunal. Jeanie se levantó entonces con una tranquilidad de que estaba sorprendida ella misma; tomó su manto, y se dispuso á partir. Su firmeza presentaba un contraste particular con la incertidumbre que anunciaban todos los gestos de su padre. Cualquiera que no les hubiese conocido antes, hubiera tenido dificultad en creer que la una fuese una hija dócil, amable, tranquila y aun tímida, y que el otro fuese un hombre de un carácter firme, stoico, incapaz de ceder, religioso hasta el fanatismo, y que en su juventud habia corri-

do muchos peligros, y habia sufrido grandes contradicciones sin desviarse jamas de sus principios. La causa de esta diferencia era, que Jeanie estaba ya decidida sobre la marcha que debía seguir, y resignada á todas las consecuencias que pudiesen resultar de ella, mientras que su padre, no habiéndose atrevido á hacerle ninguna pregunta de miedo de ejercer la menor influencia sobre ella, agotaba su imaginacion buscando lo que podría decir en el tribunal, y reflexionando el efecto que podría producir su declaracion.

En fin, cuando la vió pronta á partir: hija mia, la dijo, yo voy á... no pudo concluir la cláusula; pero Jeanie viendo que se ponía los guantes y que tomaba su palo, adivinó que iba á acompañarla.

-- Mi querido padre, le dijo ésta, mejor será que os quedeis en casa.

-- No; le contestó el anciano. Dios me dará fuerzas; cuento sobre sus socorros, y yo os seguiré.

Entonces tomó el brazo de su hija, y salió con ella, marchando á paso tan tirado que ésta tenía dificultad en seguirle.

-- ¿Y vuestro gorro, padre mio? le dijo su hija, viéndole salir con la cabeza desnuda; cir-

cunstancia minuciosa; sin duda, pero que prueba cuan agitado tenia su espíritu. Deans volvió á su casa avergonzado de haber dejado escapar una prueba exterior del trastorno que padecia su alma, y poniéndose su gran gorro azul escocés, se reunió con su hija y tomó con ella el camino de Edimburgo.

Antes de llegar al lugar de las sesiones del anciano Deans vió ya el anuncio fatal del espectáculo de que iba á ser testigo. Desde la cárcel hasta el palacio del tribunal la guardia de la ciudad se hallaba tendida en dos filas, contentiendo con las culatas de los fusiles al pueblo, que se agolpaba para ver pasar á la desgraciada jóven, que iba á ser juzgada. No hay nadie que no haya tenido la ocasion de observar, y que no haya observado con sentimiento, la apatía é indiferencia con que el pueblo mira las escenas de esta naturaleza, y cuan raro es que manifieste otro interés, que el de una curiosidad brutal, á menos que su compasion no se halle escitada por algun motivo particular. Generalmente los espectadores en tales escenas rien, se chancean, se arrempujan unos á otros, se oprimen con tanta indiferencia é insensibilidad como si se tratase de ver pasar una tro-

pa de danzantes en un fiesta pública ó de asistir á una diversion. Con todo, en medio de esta conducta tan comun y tan natural al pueblo degradado de una gran ciudad, se encuentran á veces rasgos momentáneos de humanidad y de compasion; y esto fue lo que sucedió en la ocasion presente.

Cuanto mas se llegaban al tribunal, mayor era el tropel de gentes que obstruia las calles inmediatas; y cuando trataron de abrirse paso para llegar á la puerta del edificio, el trage y la fisonomia de Deans le atrajo varios dicitrios.

— ¿Llegais, le dijo el uno, del puente de Bothwell, viejo puritano?

— ¡ Al diablo el cameroniense! decia el otro: ¿ con qué facultad nos empuja?

— Lugar, lugar al anciano: gritaba otro. Este viene á ver una hermana *prestar testimonio* (1) en el aire, en la plaza de Grassmarket.

— Silencio, señores, exclamó en alta voz un desconocido, esto es una vergüenza: y tomando un tono mas bajo añadió; son el padre y la hermana....

(1) Esta expresion hace parte del language místico de los presbiterianos y la empleaban para manifestar la firmeza en sostener los principios de su secta.

Todo el mundo se apartó al instante para hacerle lugar, y aquella muchedumbre tan estrepitosa un momento antes, guardó el mas profundo silencio, inspirado por la compasion.

El desconocido que acababa de hablar, era nada menos que nuestro antiguo amigo, el silencioso Lair de Dumbidikes, cuya boca se abrió por la urgencia del caso. Éste se juntó con el padre y la hermana y les siguió al tribunal con su taciturnidad acostumbrada. Nadie les opuso el menor obstáculo, y aun se asegura que el portero reusó un schelin, que le ofreció la generosidad del Lair, que pensaba que el dinero lo facilita todo.

Al entrar en la sala de audiencia la encontraron llena de una multitud de ociosos, que asisten á la vista de un proceso, como á un espectáculo. Muchos jóvenes, que seguian la carrera del foro, hablaban, reian, y se chancaban como si estuviesen en un teatro. Algunos abogados mas graves, discutian el negocio de que iba á ocuparse el tribunal. Los jurados ocupaban ya sus asientos, los que componian el ministerio público habian llegado ya y ojeaban los documentos del proceso: no se esperaba mas que á los jueces para empezar las sesiones.

-- ¿Cual es el sitio en que se colocará mi desventurada Effie? preguntó en voz baja el desconsolado padre al Lair de Dumbidikes.

-- Este hizo una seña á su abogado M. Novit, quien llegándose á ellos, les informó de lo que deseaban saber; y enseñándoles al mismo tiempo un sitio vacante en la barra, enfrente del asiento de los jueces, les ofreció conducirle á él.

-- No; exclamó Deans; no quiero colocarme en un parage tan público; no quiero que ella me vea; yo quiero poder separar mi vista de un objeto para mi tan triste; esto será mejor para los dos.

Se puede bien pensar que Saddletree no dejaría de asistir á una sesion tan memorable. Nuestro antiguo amigo vió con placer que se le presentaba una ocasion de manifestar su importancia, y gracias á sus relaciones con los porteros de estrado, obtuvo para Deans y su hija un lugar cómodo en un rincon de la sala en donde estaban como escondidos.

-- Es bueno tener amigos en todas partes, le dijo á Deans, quien en aquel momento no se hallaba en estado ni de escuchar, ni de responder. Sin mi, no hubierais podido lograr un sitio tan cómodo como este. Los lores van á lle-

gar luego, y abrirán la sesión. ¡Pero! á propósito: vos no podeis quedaros aquí, Jeanie. ¡Hugier! ¡Hugier! Esta jóven es testigo en el negocio de que se va á tratar, y es menester que pase á la sala de los testigos. ¿No es verdad, M. Novit?

M. Novit dijo que sí, y ofreció á Jeanie conducirla á la sala de los testigos, en donde segun la costumbre escrupulosa de los tribunales de Escocia, permanecen estos hasta que se les llama á declarar, separados de todos los que pudieran tener una influencia en sus declaraciones, ó informarles de lo que ocurra en el tribunal durante la instruccion del proceso.

-- ¿Esto es absolutamente necesario? preguntó Jeanie, que sentia la mayor repugnancia en separarse del lado de su padre.

-- Indispensable: dijo Saddletree. ¿Quién ha visto jamas un testigo en la sala de las sesiones?

-- Seguramente; es indispensable, añadió M. Novit; con lo que Jeanie, aunque bien apesar suyo, se dirigió á la sala de los testigos.

-- Veis, M. Deans, le dijo Saddletree, esto es lo que se llama *secuestrar* los testigos, lo que no es lo mismo que *secuestrar* los bienes.

Pero silencio: hé aquí los jueces que llegan.

En aquel momento entraron en la sala los cinco lores que componian el tribunal de justicia, con sus togas de grana bordadas de blanco, y tomaron asiento.

Todo el mundo se levantó por respeto á su dignidad, pero apenas habia cesado el pequeño ruido que esto ocasionó, cuando se oyó otro aun mas considerable causado por la muchedumbre que se agolpó á entrar para ocupar las galerias, y el espacio vacio que quedaba en la sala; pues antes que lleguen los jueces no se deja entrar en ella mas que á los sujetos que tienen derecho para asistir á las sesiones, ó á los que por proteccion obtienen el ser admitidos; pero cuando los jueces han tomado asiento, se abren todas las puertas, y en las ocasiones, como esta de que se trata, el número de gentes, atraidas por la curiosidad, es tan considerable, que es menester en cierta manera batirse para poder entrar, y algunas veces no se logra sino á espensas de una parte del vestido. Algunos soldados formando una doble fila conserbavan con pena un paso estrecho por el que debian conducir á la prisionera. En fin, el tumulto cesó cuando estuvieron ocupados

todos los sitios, y la desgraciada Effie se halló colocada en la barra, entre dos soldados armados con sus bayonetas, para intervenir en el juicio, y oír la sentencia que debía decidir de su vida ó de su muerte.

-- Eufenia Deans: dijo el presidente con un tono de dignidad, en el que se notaba el acento de la compasion: levantaos y escuchad la acusacion criminal dirigida contra vos.

La desgraciada, que se hallaba aun como aturdida por el tumulto del pueblo, al través del cual los guardias habian tenido un trabajo en abrirle paso, dirigió su vista asustada sobre la muchedumbre que la rodeaba, y que parecia no formar mas que una masa, y obedeció como por instinto á la orden que le daba una voz, que le pareció tan formidable como el sonido de la trompeta en el último dia del juicio.

Levantad vuestro cabello, Effie, le dijo uno de los hugieres del tribunal. Segun la costumbre de Escocia las mugeres solteras no se cubren jamas el pelo, ni con sombrero ni con gorro, sino que le atan con una cinta blanca, símbolo de la virginidad; Effie no habia querido usar de la cinta para presentarse al tribu-

nal, y sus largos cabellos negros, cayendo de sechos sobre su cara, ocultaban sus facciones; pero al obedecer esta orden dejó ver á los espectadores, que tenian los ojos fijos en ella, un rostro, que aunque pálido y flaco, era aun tan interesante en medio de su afliccion, que escitó un murmullo general de compasion. Esta espresion del interés público, la hizo salir del estado de estupor y de sorpresa en que la dejó el miedo, que en el primer momento de su llegada, la habia dominado, y despertó en su corazon el sentimiento no menos amargo de la vergüenza, ocasionada por la situacion en que se encontraba. Sus ojos, que al principio habia dirigido por todas partes con un aire de espanto, se fijaron en el suelo, y sus mejillas, poco antes cubiertas con la palidéz de la muerte, tomaron un color tan vivo, que cuando en la agonía de su vergüenza quiso cubrirse su cara, su cuello, su frente y todo lo que no cubrian sus manos parecia de grana.

Todo el mundo observó esta mutacion, y todo el mundo se enterneció. Solo el viejo Deans, inmóvil en su lugar, en donde no podia ni ver, ni ser visto sin levantarse, se quedó con los ojos fijos en el suelo, como temien-

do, si los levantaba, ser testigo ocular de la ver-
güenza de su casa. ¡Ah! se decía; ¡mi gloria se ha
eclipsado!... ¡Qué escándalo para la Iglesia!

Mientras que Deans hacia estas reflexiones,
se leyó la acusacion, y el presidente preguntó
segun costumbre á la acusada, si se declaraba
culpable, ó inocente.

-- Inocente de la muerte de mi pobre hijo,
respondió con una voz, cuyos acentos dulces
y doloridos, añadiendo un nuevo interés al
que habian inspirado ya sus facciones, hicie-
ron nacer una nueva sensacion de pena en el
corazon de los espectadores.

El tribunal debía empezar por dar una de-
claracion interlocutoria para conocer bajo qué
ley debía ser juzgada la acusada. No entrare-
mos en los pormenores de los medios de hecho
y de forma que hicieron valer sobre este obje-
to el ministerio público por una parte, y por
la otra el abogado defensor de la acusada: nos
basta decir que el tribunal, despues de ha-
ber deliberado, pronunció en último resorte,
que seria juzgada segun la ley que declara cul-
pable de infanticidio toda muger, que habien-
do ocultado su embarazo, no puede manifestar
el hijo que ha dado á luz.

CAPITULO VI.

No entraremos en un pormenor minucioso
de todos los incidentes del proceso de Effie,
pero es indispensable hacer conocer sus prin-
cipales circunstancias, particularmente aque-
llas que ilustrando á nuestros lectores sobre
algunos puntos que pueden aun parecer obscu-
ros, sean necesarias para la inteligencia de los
acontecimientos sucesivos.

Cuando los jurados acabaron de prestar su
juramento, el fiscal manifestó brevemente que
la necesidad de prevenir el infanticidio que,
con horror de la humanidad, se habia multipli-
cado escesivamente en Escocia, habia motiva-
do la ley, conforme á las disposiciones de la
eual debía ser juzgada la prisionera: que pro-
baria por las declaraciones de varios testigos,
y por la confesion misma de la prevenida (rea)
que no habia manifestado su embarazo á nadie,
reticencia que formaba la base fundamental de
la acusacion; que estableceria del mismo modo
que habia dado á luz un niño, y que todo ha-